

Aspectos psicodinámicos de la Oración

Dentro de la monografía "Oración y Mundo Actual" podría parecer menos oportuno desarrollar el tema que encabeza este trabajo por el carácter disolvente con que se suele presentar la psicología dinámica de base psicoanalítica (1). Sin embargo su concepción del hombre como totalidad corporal-anímica en devenir y, sobre todo, su dedicación a las motivaciones inconscientes que desencadenan el comportamiento y actitud del hombre ante las personas y cosas, quiere responder de forma bastante adecuada tanto a la "actualidad" como a la radicalidad con que se pretende enfocar el problema nada banal de la relación del hombre con Dios en el presente en que queremos vivir.

Pero antes de iniciar esta reflexión, será bueno delimitar, aunque sea brevemente, de dónde parte este análisis, cuál es la metodología escogida, y en virtud de qué motivo ofrecemos este trabajo.

El punto de partida queda ya determinado por el mismo método analítico, cuya característica fun-

damental está bien enmarcada por la actitud de sospecha ante todos los comportamientos humanos, también los religiosos. Y es que para el psicoanálisis cada hombre es ante todo un ser de instintos y deseos, que caminan "disfrazados" hacia la conciencia. De ahí su actitud de sospecha e interpretación. ¿Cuáles son los deseos más o menos inconscientes que se esconden en nuestra relación con Dios? ¿Qué es lo que buscamos y cómo nos comportamos con ella? ¿Quién es nuestro Dios y qué significado tiene en nuestra vida? Preguntas éstas que muchos cristianos de la época post-analítica se hacen con autenticidad, y no sin la sensación de quien teme hacer pie en zonas muy íntimas y profundas de su ser. Sobre todo si Dios ha supuesto o supone algo importante en su vida.

Sobre estas y otras cuestiones similares quiero aportar algo, que, desde el ángulo del análisis, nos ayude en la tarea de reflexionar nuestra oración. Para ello divido el trabajo en tres partes. La pri-

mera se centra en la oración de petición como búsqueda de la satisfacción de deseos y pulsiones. Le sigue una posible interpretación del valor simbólico de los deseos expresados en la petición, de forma que, como por un camino ascendente y siguiendo las huellas inconscientes del mismo deseo, nos vaya descubriendo aquella forma de relacionarse con Dios en el amor interpersonal. Esta metodología escalonada y creciente no intenta significar una adecuación con el desarrollo real de la vida de muchos cristianos. Lo cual no quiere ser un juicio sino una constatación. Tampoco pretende reflejar con rigor la evolución religiosa a escala personal. Pues con frecuencia sucede que, en el devenir cristiano, estas etapas se entremezclan e implican unas en otras. De forma que un juicio que pretenda ser objetivo sobre la verdad y madurez psicológicas de nuestra relación con Dios, deberá basarse más bien en la preponderancia de un estadio sobre los otros, si es que aceptamos el carácter conflictual de la vida humana, incluidos los aspectos religiosos.

ORACION DE PETICION

La oración de petición, como búsqueda de la satisfacción de deseos, está en crisis. Pues el desarrollo de la técnica y su eficacia van cumpliendo cada vez mejor las necesidades materiales de pan, salud, trabajo cuya satisfacción, en proporción excesiva, perteneció en otro tiempo al campo religioso. Por otra parte, las mismas necesidades "espirituales" encuentran en muchas ocasiones su propio camino sin necesidad de acudir a Dios, en la medida en que cada hombre va tomando conciencia de su responsabilidad ante los otros. Pues siempre que el diálogo en-

tre dos personas se desarrolla en un clima de respeto inteligente y amable, ambos interlocutores experimentan el sentido de su existir y el alejamiento de su propia soledad.

Este hecho cultural del desarrollo tanto de la técnica como de la conciencia comunitaria, por imperfecto e incluso ambiguo que sea, no deja ya de despertar en la conciencia de muchos fieles la inquietud y la duda sobre la verdad y necesidad de su oración. Más aún, esta crisis desencadenada por factores, hasta cierto punto y desde una determinada concepción, externos al hombre, encuentra un paralelismo en la que se lleva a cabo dentro del mismo hombre. En la medida en que vamos madurando puede resultar un tanto infantil e irresponsable la actitud de pedir a Dios lo que debemos resolver nosotros. ¿No valoramos como más varonil y realista la postura de quien sale en busca del médico que la de quien permanece orando ante la cama de su hijo enfermo? ¿Son incompatibles estas dos maneras de enfrentarse con la realidad, y si lo son, cuándo y por qué motivo? Nada fácil resulta aclarar estas cuestiones, pues en ellas se trata menos de iluminar sobre problemas ideológicos que de analizar actitudes vitales fuertemente impregnadas de afectividad y subjetivismo y cargadas de intereses.

Desde el punto de vista del análisis se considera inauténtica toda oración que, como forma de conducta, pretende salvar el abismo existente entre un deseo y su satisfacción. ¿Se trata, como pensaba Freud, de la proyección del deseo de omnipotencia propio del narcisismo infantil sobre la imagen de Dios como figura paterna?

En tal caso, la oración como expresión de religiosidad, vendría a desempeñar la función de consuelo y protección exigida por la situación de dependencia e invalidez características de los primeros años de la vida.

El niño, al nacer, por su esencial prematureidad, se encuentra en una situación de total dependencia de los que le rodean. Dirige sus demandas y devuelve su ternura a quienes le alimentan, cuidan de él y le liberan de la intensa angustia que, con frecuencia, experimenta. Y excluye de su ámbito afectivo a todos los que, sordos a sus peticiones, no responden a sus deseos, y les atribuye caracteres malignos. Por la repetición de estas situaciones llega a grabarse fuertemente en él la ilusión de que todo deseo suyo se puede satisfacer con la omnipotencia de los mayores. Que ésta se les debe, revisitiéndose así de una autovaloración ilusoria. La vida no es ya el lugar de las cosas reales con sus características y propiedades autónomas e independientes de nuestros deseos y apertencias, sino el lugar donde juegan la arbitrariedad, lo bueno y lo malo, según sirvan o no, a la ilusoria omnipotencia. Por esta forma de narcisismo, en el sentido técnico de la palabra, atribuimos a las personas y situaciones caracteres que provienen más de nosotros que de la misma realidad objetiva. No son ya las limitaciones y defectos personales los causantes de nuestros fallos y sus consecuentes frustraciones, sino la maldad de las personas que nos rodean y la adversidad de las circunstancias. De igual manera llegamos a imaginar que el bienestar conseguido y la satisfacción de nuestros instintos son obra de la bondad mediadora de las imáge-

nes parentales. Este egocentrismo implica, entre otras cosas, una forma de sincretismo afectivo por el que la propia subjetividad invade todos los terrenos y hace indiferenciados la realidad de la ilusión, el propio yo de los otros, pues el único principio regulador de la vida no es otro que el placer. Si esto es así, y en la medida en que lo sea, resulta que esta postura no puede no llevarnos a la larga al fracaso. En ella, teniendo por reales situaciones y cosas no existentes, se nos escapa la realidad y nos deja alienados, si es que no sabemos superar esta etapa, por otra parte necesaria para una maduración suficientemente satisfactoria.

Ahora bien ¿qué conexiones pueden existir entre esta actitud y la oración, si es que las hay? Son numerosos los estudios referentes al tema que, con una base positiva, se han venido realizando fuera de nuestro país (2). La misma estructura de la familia presenta sugerentes analogías con las instituciones religiosas —fiestas, tradiciones, creencias...— y favorece de esta manera el ingreso del niño en ellas. La asimilación de la religiosidad de los padres determina de antemano la actitud del niño ante el fenómeno religioso. Es conocida la teoría de S. Freud en "Totem y Tabú" que ahora, dejando a un lado su alcance y valor, sin duda constatado en la experiencia clínica, sólo pretendo citar:

"...La investigación psicoanalítica del individuo nos ha evidenciado que él mismo concibe a Dios a imagen y semejanza de su padre carnal, que su actitud personal con respecto a Dios depende de la que abriga con relación a dicha persona terrenal y que, en el fondo, no es Dios sino una sublimación del

padre. También aquí como antes en el totemismo, nos aconseja el psicoanálisis que creamos a los fieles que nos hablan de Dios como de un padre celestial, lo mismo que en épocas remotas hablaron del totem como de su antepasado. Si los datos del psicoanálisis merecen, en general, ser tomados en consideración, habremos de admitir que, sin prejuicio de aquellos otros orígenes y significados posibles de Dios sobre los cuales no puede proyectar nuestra disciplina luz ninguna, tiene que ser muy importante la participación de la idea del padre en la idea de Dios" (3).

Tanto la psicología social y religiosa como el psicoanálisis coinciden, desde diversas perspectivas y alcance, en que la actitud proyectiva del niño, originada en función de su situación de defensa ante los peligros y amenazas que le rodean, tiende a repetirse en circunstancias de la vida, análogas a las iniciales. De ahí que la oración de petición, como expresión de religiosidad, peligre más que ningún otro comportamiento humano de conservar los caracteres infantiles en que surgió. Y es esta una de las causas frecuentes por la que muchos cristianos abandonan su relación con Dios, una vez lograda la liberación de sus necesidades infantiles. Les resulta inadecuada y engañosa una afectividad encerrada en sí misma y que no revierte sino en su propio beneficio sin posibilidad de trascenderse a sí misma. Y cuya inflexión en el terreno religioso se traduce en inautenticidad. Pues ya no es Dios otra cosa que el Dios mágico ante quien tememos y que a la larga rechazamos. Intermediario omnipotente al servicio de nuestro deseo de dominio, y dispuesto a

cambiar las leyes y el curso de la naturaleza cada vez que se lo exigimos. Sucede también que, en la lucha por conservar esta ficción de Dios, el narcisista utiliza mecanismos de racionalización por el que fundamenta su actitud en teorías de orden ético, teológico o filosófico por lo general muy elevadas.

Si superamos la actitud defensiva de rechazar sistemáticamente todo posible análisis de los movimientos profundos que subyacen a nuestra petición y aceptamos, como posible al menos, la sospecha analítica que de manera incompleta he intentado iniciar, aunque subrayando sus aportaciones fundamentales, nos surgen estas cuestiones un tanto inquietantes: en nuestra relación con el Dios a quien pedimos ¿estamos abocados a repetir siempre el tema arcaico del placer, la defensa o la angustia? ¿Es nuestro Dios algo más que un fantasma de cuya omnipotencia podemos disponer a nuestro arbitrio ante el miedo, el fracaso y la frustración? ¿El egocentrismo ha de impregnar de tal manera la petición que nos impida emerger hacia formas más adultas de comprensión de la realidad, de nosotros mismos y del Otro? A esta reflexión parece invitarnos la ascética cristiana, cuando nos propone el camino de la purificación y la renuncia, si es que deseamos disponernos a una relación más auténtica con Dios. ¿No es el mismo Jesucristo quien nos habla de la renuncia a nosotros como condición necesaria para el encuentro con la nueva vida (Mt. X, 39)? Pero lo que nos debe ocupar ahora, según los límites propuestos en este trabajo, es preguntarnos si, desde el mismo análisis, se nos ofrece la posibilidad de superación, y, de ser así, cuál es su condición.

En primer lugar, al constituir el principio psicoanalítico de la sospecha parte de su método científico, no es aquél algo arbitrario y caprichoso —lo cual no sería nada científico— sino que se levanta sólo allí donde hay fundamento para pensar que detrás de cualquier forma de conducta, en este caso de conducta religiosa, trabajan las pulsiones inconscientes al margen del realismo. Y en segundo lugar, estas fuerzas inconscientes son susceptibles de un tratamiento científico que, de ser adecuado, puede resolverlas positivamente. Si aplicamos estos principios al tema de la oración podemos afirmar, en contra de lo que algunos opinan, que el psicoanálisis no excluye la posibilidad de la verdad religiosa, cuando las energías que trabajan en ella se sitúan al margen del narcisismo. Seguramente por eso pensaba Freud que el ateísmo no formaba parte constitutiva de la teoría psicoanalítica, sino que era una opción suya personal. Así, cuando comenta con su amigo Oscar Pfister sus tres obras más importantes sobre la religión, le escribe:

“Retengamos firmemente que las opiniones de este escrito no son parte constructiva del edificio doctrinal de psicoanálisis. Es mi actitud personal que coincide con la de muchos no analíticos y preanalíticos y en la que, desde luego, no participan muchos fieles psicoanalistas” (4).

Esta decisión personal de Freud por el ateísmo nos invita a una seria, aunque breve, consideración de nuestra opción por el teísmo. Ya que la sospecha no se levanta en función del sustrato pulsional que moviliza y penetra todas las acciones humanas, sino en cuan-

to que éstas pueden ser orientadas exclusivamente por el principio del placer, nos queda preguntarnos: ¿hay algo más allá del principio del placer que pueda penetrar y hacer auténtica nuestra relación con Dios, en lo que se refiere a sus condicionamientos psicológicos? Esa nueva energía vitalizadora ¿está ya presente de alguna manera incluso en la oración del narcisista, de forma que su promoción y desarrollo nos permita una oración más verdadera con Dios? Mejor me parece intentar primeramente aclarar esta última cuestión. Pues con ello seguimos mejor el curso de los mismos mecanismos humanos, procurando descifrar en ellos lo que hay y evitar, en lo posible, la utilización de teorías que nos ahorren sospechosamente el examen de nuestras vivencias. Pienso además que este camino llevará también a la sobria respuesta que se pueda dar a la primera cuestión.

ASPECTOS SIMBOLICOS DE LA ORACION DE PETICION

Si lo que primariamente define al símbolo, además de su carácter ambiguo, es la referencia a otra realidad más verdadera y profunda, aunque con frecuencia reprimida y oculta, ¿cuál puede ser ésta en el caso de la petición?

Cuando nos sentimos sucumbir por el peso de la angustia, por el fracaso de un encuentro añorado o por la presencia de un peligro que se detiene ante nosotros, surge la petición como el último y espontáneo intento por salvar el abismo que existe entre nuestro deseo y su satisfacción. También el niño, en su reptada experiencia de hambre, frío o abandono, llora y grita, reclamando así la presencia bienhechora de la madre. Hay, sin duda, cierta analogía en-

tre estas dos situaciones. Pero, vistas las cosas desde una perspectiva más profunda, lo que el grito del niño quiere simbolizar ¿no es más bien la exigencia de calor y cercanía de su madre protectora? ¿Y no es verdad que esta forma de amor es esencial para el crecimiento del pequeño hasta que sea capaz de encontrar por sí mismo una respuesta a sus deseos?

La oración que surge de necesidades humanas y que se expresa con el lenguaje de los deseos, simboliza también algo que va más allá de los favores que reclamamos. Aun partiendo del niño que se inquieta y llora dentro de nosotros, remite, a quien sabe auscultar su voz, a la indignancia de quien ora y a la presencia misteriosa de aquel a quien pedimos. Hay, pues, en quien ora así, una confesión consciente o inconsciente de su propia insuficiencia en la larga tarea que le queda por realizar y, a la vez, se esboza ya una invocación más o menos impersonal. Enraizada en las necesidades esenciales del hombre, forma parte de las vicisitudes y tanteos que lleva consigo la difícil conquista de la madurez. Pues en el fondo mismo de la petición humana se esconde la semilla de su propia crisis. El que se dirige a Dios en busca de pan o trabajo y es escuchado, difícilmente llegará a concienciar el carácter utilitario y egoísta de su oración. Por el contrario, si un hombre pide a Dios la salud de su mujer enferma y ésta muere, ¿no será esto un escándalo para su fe? Si Dios es un Padre que cuida de nosotros ¿cómo es posible que me trate de esta forma? El carácter ambiguo de la petición, tarde o temprano, forzará la crisis en la

que cada uno de nosotros podremos salvar o perder la posibilidad de una relación interpersonal con Dios, latente incluso en las formas más arcaicas de oración.

Se hacen patentes los dos caminos entre los que debemos elegir: la inflación de nuestros deseos y su supremacía al margen o sobre los planes de Dios en un extremo, o la afirmación sentida y aceptada hondamente del valor absoluto de los designios de Dios en el otro. Tales opciones, normalmente, no se improvisan sin más.

La actitud del que se decide más o menos conscientemente por la primera elección, llevará consigo el estancamiento en la inmadurez infinita e inadecuadamente repetida y la dependencia infantil. Y en concreto, a convertir la oración en una técnica sutil o burda que utiliza a Dios como si se tratase de un instrumento sentimental. Y como todo instrumento, si nos resulta inútil, lo rechazamos con la secreta vergüenza de haber puesto en él cierta ilusión.

La afirmación de Dios y sus designios, a los que subordinamos nuestros deseos, implica la superación del egocentrismo estéril y de una afectividad que se agota en el reducido espacio de sus propios intereses y miras. Sin embargo, también aquí se levanta una posible sospecha. Esta oración purificada de los deseos que, en otro tiempo, la contaminaron, ¿no llegará a congelarse en sí misma, a quedarse absorta en la contemplación orgullosa de su propia esencia? Y si esto sucede, ¿no atenta la religión contra la integración de los auténticos valores humanos?

El psicoanálisis concede una importancia decisiva a la palabra humana como vehículo del diálogo. De ella, más que de ningún tratamiento medicamentoso, espera la mejora del paciente. Y es que considera la palabra, más que como designación de la realidad objetiva, como expresión de uno mismo y comunicación con otro. Pero esta verdad del diálogo fácilmente se aliena en la comunicación concreta. El psicoanálisis es un lugar privilegiado para constatarlo, en la medida en que la tensión del deseo atraviesa y recorre el ámbito cerrado de la relación intersubjetiva médico-paciente. En esta situación, el cliente que habla toma una posición de vigilancia por sus propios intereses y necesidades. El otro es un desconocido cuyo misterio despierta ansiedad. ¿Será un obstáculo o una fuente de satisfacción para los propios deseos? En uno y otro caso, ¿qué posición tomar? Acostumbrado, por la técnica, al dominio de la realidad material en su contacto con el mundo, el analizado se esforzará por invadir el secreto de la otra persona. Su lenguaje, cargado de motivaciones impuras que perturban el conocimiento del otro, tratará de capturarlo, seducirlo, engañarlo e imponerle la propia verdad. A esta primera estrategia del diálogo alienado, se une también, en un segundo momento, la técnica defensiva con la cual intenta disimular en sí mismo lo que pretende descubrir en el otro. El temor a conocer la propia verdad, ¿no será el motivo más profundo que subyace en todo encuentro fracasado? Y es que no puede explicitarse en el diálogo lo que obstinadamente se calla en el monólogo interior. Sin embargo, por más

que se esfuerce por rechazar el yo escondido y sepultado, proyecta sobre el otro las propias intenciones ocultas. Y, creyendo dialogar con otra persona, no hace sino dirigirse a esa parte suya que ha proyectado sobre el otro. Este simulacro, lleno de palabras y defensas, es como el muro mediador y distante de la verdad profunda de los interlocutores.

Sin embargo, en este primer tiempo, el diálogo amenazado no se detiene a mitad de camino y corre, a través de múltiples aventuras, hacia su propia verdad expresada entre líneas. El analista, como presencia que sabe ignorar, no acepta del cliente que depende de él, ni deja que le enrede en sus intentos de dominio. A la larga, el analizado va experimentando de forma un tanto misteriosa, que el otro no es su rival y que las palabras que éste profiere no constituyen un medio de ataque o defensa. La alienación no es la ley del diálogo, sino que su movimiento profundo tiende a la comunicación esbozada incluso aun en los primeros tanteos. Y, si el análisis cumple su meta, el sujeto analizado se hace capaz de descubrir en el otro a su prójimo, y se abre al amor, única forma personal de verdadero encuentro.

Si consideramos la experiencia analítica como un espejo que, desde fuera, nos ofrece la posibilidad de contemplar nuestras propias deformidades, apenas podrá aportarnos nada positivo. Por el contrario, en la medida en que lo consideramos desde la experiencia de nuestra fe, posiblemente nos iluminará en los diversos problemas de nuestra existencia cristiana. Y en lo que hace a la oración, podemos preguntarnos: cuando decimos relacionarnos con Dios, ¿le estamos prestando nues-

tros propios deseos y respuestas de forma que esta relación se convierta en un monólogo ante el espejo? Escuchar a Dios, ¿significa para nosotros algo más que esperar cualquier tipo de respuesta que satisfaga nuestros deseos conscientes o inconscientes?

Tal como lo propone el Nuevo Testamento, la oración es escucha de la Palabra proveniente de Otro que nos interpela e invita a conformar nuestra palabra con la su-

ya en el encuentro. Experiencia de la fuerza y la marea de nuestros propios impulsos, confrontación y aún lucha con Dios, hasta llegar al sí realista y callado que acepta el querer de Dios sobre el suyo propio.

Aceptar la voluntad de Dios como voluntad de otro, y dar una forma espacio-temporal a este nuevo dinamismo, será fruto de un diálogo hecho más de silencio que de palabras.

notas

1. Por aspectos sicodinámicos entiendo el conjunto de condicionamientos, conscientes o inconscientes, que afectan la conducta humana en cuanto no implicada la libertad, y está regida por leyes estables. Se trata, pues, de disposiciones de base, del terreno psíquico en el que se encuadra la religión, como acto libre, superándolo.
2. GODIN, A. y HALLEZ, M.: *Images parentales et paternité divine*. Lumen Vitae, Bruxelles, 1964, pág. 248.
3. FREUD, S.: *Totem y Tabu*. Alianza Editorial, Madrid, 1968, págs. 191-192. Para un estudio detallado sobre la crítica freudiana de la religión, basada más en la génesis que en el valor objetivo de la creencia religiosa, el lector podrá consultar: Paul RICOEUR "De l'Interprétation". Ed. du Seuil, París, 1965, págs. 504-529. También en Albert PLE "Freud et la Religion". Ed. du Cerf, París, 1968, págs. 14-41.
4. Cfr. "Sigmund FREUD - Oscar Pfister", Briefe, 1909-1939. Frankfurt, 1963, pág. 126.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA :

GODIN, A. y BEINAERT, L.: *Du cri á la parole*. Lumen Vitae, Bruxelles, 1967, págs. 205-224.

TORNOS, A.: *Psicoanálisis y Dios*. Mensajero, Bilbao, 1968. Especialmente el cap. VI donde el autor hace importantes reflexiones sobre la experiencia psicoanalítica y la experiencia cristiana.